

## El tiempo de un nuevo renacimiento

María LÓPEZ FERREIRO

RESUM: Si alguna cosa tenim en comú tots els qui ens dediquem a la filosofia és que més d'una vegada algú ens ha preguntat: «Per a què serveix això que fas?», o bé: «Què és exactament allò que estudia la filosofia?» Sabem molt bé que la situació actual del nostre món la redueix, quasi automàticament, a la condició de disciplina secundària, erudita, la utilitat o sentit pràctic de la qual (llevat d'algunes honroses excepcions) es posa en dubte molt seriosament. Però nosaltres no som pas els primers a trobar-nos en aquesta situació. Fa aproximadament sis segles, la filosofia europea es va enfrontar a una desintegració similar. També en aquell moment va haver de sofrir un procés de crítica i de relegament, però va ser ella mateixa la que va jugar un paper essencial en la superació d'aquelles circumstàncies. El resultat de tot plegat fou el Renaixement. I ara és el moment que això torni a passar.

PARAULES CLAU: filosofia, Renaixement, moviment Bright.

Uno de los principales intereses de la filosofía en la actualidad (si no el principal) es, como todos sabemos, descubrir cuál es el lugar que ocupa en la sociedad, qué papel puede jugar en ella y cuáles son su importancia y su utilidad práctica para el mundo en que vivimos. Responder a estas preguntas no es tarea fácil, y el solo hecho de tener que hacerlo expresa hasta qué punto nos hallamos inmersos en una situación de crisis. Algo de cuya validez no se duda no se verá cuestionado, sino que desplegará su función con regularidad sin que nos paremos a considerarlo. Pero en el momento en que detenemos su normal desarrollo para dilucidar qué es realmente y a dónde conduce, evidenciamos que no sólo ha perdido su lugar en el conjunto del mundo, sino que camina insensiblemente hacia su desintegración. La vida no puede pararse, no podemos ponerla en suspenso para estudiarla porque eso implicaría abandonar sus límites, y eso se llama muerte. Pero la filosofía sí se encuentra detenida, y se halla amenazada por ese mismo tipo de muerte, aunque acaso no es todavía demasiado tarde. Quizá toda esta tendencia autoespeculativa, toda esta metafilosofía pueda te-

ner una utilidad, es más, un final feliz. Quizá esta desintegración a la que aludíamos sea el paso previo a un pujante renacer. En esta ponencia trataré de proponer, si bien de forma muy esquemática, un camino hacia ese final feliz. Eso, desde luego, es tarea lo suficientemente compleja, delicada y profunda como para merecer los más detallados y completos análisis. No es algo que se pueda, ni mucho menos, resolver en quince páginas. Incluso podría parecer terriblemente presuntuoso pretender hacerlo. Pero el momento es crítico para nosotros y todas las aportaciones que podamos hacer, incluso las más humildes, pueden contribuir de un modo u otro a acercarnos a una solución.

Hace aproximadamente cinco siglos, el gran Maquiavelo nos regaló algunas de las obras más lúcidas e ingeniosas de la historia de la filosofía. De entre todas ellas estamos acostumbrados a destacar *El príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, no sólo por su mayor impacto político-social, sino porque en ellas (y sobre todo en la primera) plasmó preferentemente nuestro autor el doloroso sentir de su época y la delicada y amarga sátira de unos tiempos difíciles. En estos incisivos manuales del político Maquiavelo dijo, por ejemplo, que la historia es un proceso cíclico, no lineal, y que el presente es igual que el pasado y que el futuro. Todas las situaciones que vivimos no son sino repeticiones más o menos fieles de hechos pasados o bien anticipaciones de otros que vendrán. Por eso, estudiar esos hechos pasados puede resultarnos útil para comprender y manejar nuestro presente y para construir nuestro futuro.<sup>1</sup> Esta teoría resultó extraña entonces, incluso escandalosa. Pero el tiempo transcurrido ha servido, entre otras cosas, para que nosotros podamos mirarla con mejores ojos. Así pues, hagamos nuestra esta idea a lo largo de estas páginas y veamos si, realmente, puede servirnos para escapar de la crisis en la que nos encontramos atrapados desde hace ya tiempo.

Permanezcamos aún un poco más en el tiempo de Maquiavelo, en este tiempo confuso y brillante que conocemos como Renacimiento. Coincidiremos en que una de las muchas cosas que podemos destacar de ese momento es la amplia reacción anticlerical que, hundiendo sus raíces en el siglo XIV, se extendió hasta desembocar en los complejos movimientos reformistas del siglo XVI. No pretendo analizar aquí un proceso de tan largo y profundo alcance, no obstante, sí considero que podría sernos útil dirigir la mirada un momento al estado embrionario de esta tendencia

1. «Todas las cosas del mundo en cualquier momento tienen su coincidencia precisa con la Antigüedad. Esto es debido a que siendo dichas cosas realizadas por los hombres, que tienen y tuvieron siempre las mismas pasiones, conviene necesariamente que resulten siempre los mismos efectos. (...) Quien considera las cosas presentes y las antiguas conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos existen los mismos deseos y los mismos humores, y que así ha sido siempre. Por eso es fácil a quien examina con atención las cosas pasadas prever en cualquier Estado las futuras y usar los remedios que usaron los antiguos, o bien, en el caso de que no los hubiera, pensar otros nuevos por la semejanza de los accidentes.» «Suelen decir los hombres prudentes —y no por casualidad o sin razón— que quien quiera ver lo que ha de ocurrir debe considerar lo que ha ocurrido, porque todas las cosas del mundo tienen su justa réplica en el pasado» (Nicolás MAQUIAVELO, *Discursos de la primera década de Tito Livio*).

reformista, representado por el conflicto entre güelfos y gibelinos,<sup>2</sup> porque servirá como ejemplo para el tema que nos ocupa. Los siglos XIII y XIV fueron testigos de una lucha constante entre los dos grandes poderes en torno a los que entonces gravitaban la vida y la historia: el poder civil (o laico) y el poder eclesiástico. Esta lucha, personificada por las grandes figuras del Emperador y el Papa, tuvo su origen en el Sacro Imperio Romano Germánico y se extendió a Italia, donde la hallamos en el origen no sólo de los numerosos cambios políticos de la época, sino también nutriendo desde la base muchas de las nuevas posturas e ideologías que estallarán en el brillante siglo XV italiano. La constitución de la idea de estado moderno, tal y como lo conocemos desde la Modernidad, tendrá entonces su origen primero, hundiendo sus raíces en la creencia tardomedieval de la necesidad de la separación de los dos poderes mencionados.

Una petición de tal calado no puede provenir sino de un hondo sentimiento de crisis. El papel de la Iglesia no había sido cuestionado durante siglos, pero entonces comenzó a pensarse que era necesario delimitar los límites y funciones que ésta podía tener. Y tan importante resultaba llevarlo a cabo que no sólo los teólogos, los miembros del clero o los políticos se enzarzaron en semejante discusión, sino que ésta se extendió hasta los filósofos y los poetas. Podemos poner, entre otros muchos, el ejemplo de Dante Alighieri, para quien la separación de Iglesia y Estado era un hecho no sólo deseable, sino indiscutible. En su hermosa y contundente *De Monarchia* hallamos argumentos tan demoledores al respecto como la negación de la *plenitudo potestatis*<sup>3</sup> papal o de la legalidad de la llamada Donación de Constantino, si bien hizo falta que llegase el siglo XV para que Lorenzo Valla demostrase la falsedad de este do-

2. Los términos *guelfi* y *ghibellini* designan a los bandos que, desde el siglo XII apoyaron, en principio en el territorio del Imperio, a las casas de Baviera (los Welfen) y Suabia (los Hohenstaufen, asentados en su castillo de Waiblingen, vocablo del que se supone que deriva *gibelino*). Estas dos casas se enfrentaban por la sucesión al trono imperial tras la muerte de Enrique V, quien no dejó herederos. Los gibelinos mantenían la superioridad imperial sobre el poder eclesiástico, mientras que la casa de Baviera apoyaba a la Iglesia en contra de la idea de Imperio Germánico imperante. El problema alcanzó su punto culminante con la elección de un emperador Hohenstaufen en 1152 (Federico I Barbarroja) quien, deseoso de afianzar sus estados italianos, extendió este conflicto político y las denominaciones subsiguientes a este territorio. Si bien en esencia tales denominaciones definen en principio a los partidarios de Emperador y Papa respectivamente, dentro de las ciudades italianas superaron su significado original, pasando a servir como pretexto para las luchas entre facciones políticas rivales. De hecho, no tardaron en surgir conflictos incluso dentro de los distintos bandos, que desembocaron en la separación entre güelfos negros y güelfos blancos (a los que Dante pertenecía).

3. Esta doctrina supone que el papa es el depositario de toda autoridad (temporal y espiritual), la cual emanaría de Dios directamente sobre él en cuanto a sucesor de Pedro. La autoridad temporal, no obstante, sería cedida por él al Emperador a través de la coronación, aunque se reservaría el derecho de vigilarle, amonestarle e incluso deponerle. Con motivo del conflicto entre el polémico Juan XXII y Ludovico de Baviera (a quien el Papa se negaba a coronar), el teólogo imperial Marsilio de Padua había atacado ya la veracidad de esta teoría. Pedro había sido discípulo de Cristo, quien no pudo otorgarle ninguna autoridad civil porque, de hecho, no poseyó ninguna durante su vida humana. Los papas, sucesores de Pedro, no pueden poseer por tanto autoridad fuera del plano espiritual.

cumento<sup>4</sup> y ofreciese nuevas armas a esta teoría, mucho más fuerte que las anteriores. Es precisamente la intromisión de la Iglesia en asuntos que en teoría no le corresponden lo que se ve como causa principal de la corrupción y la crisis que vive. Los miembros del clero se han mundanizado y podrido porque, inmersos en intereses terrenales y personales, han descuidado sus verdaderas funciones y dejado de lado el modo de vida que les es propio. Esto debe cambiar. La estabilidad de la cristiandad, para quien el Papado es el símbolo en torno al cual todos se agrupan y que confiere sentido al devenir vital del momento para la mayoría, así lo exige. Aunque esto no será tarea fácil.

La crisis a la que aquí hacemos referencia estaba todavía lejos de terminar. Un par de siglos después de la muerte de Dante, Maquiavelo y Pomponazzi sentaron las bases del libertinismo moderno al considerar que la religión era, en efecto, algo a tener muy en cuenta políticamente, aunque no como asiento de alguna autoridad, sino como instrumento de educación moral y política al servicio de los príncipes. Todo el aparato eclesiástico no es sino una institución más dentro del entramado político civil, con la función pedagógica de crear ciudadanos obedientes y respetuosos de la ley. Semejante humillación, en un tiempo en que ya la Reforma de Lutero comenzaba a corroer el ancestral tejido de la Iglesia, no era sino el eco de todas las voces que hablaban de crisis y disolución, presagiando lo que estaba por venir.

Pero, como he mencionado antes, no es mi misión analizar aquí todo este complejo proceso. Si me he detenido a presentar estos hechos es porque creo, con Maquiavelo, que el presente que vivimos es una repetición del pasado matizada por las circunstancias. Comprender lo que sucedió puede ayudarnos, en primer lugar, a comprender lo que sucede e incluso a manejarnos mejor en medio de todo ello. Pero no sólo eso. Como filósofos, ver qué papel jugó la filosofía en un momento de crisis, un momento en que su propio estatuto se veía cuestionado junto con el de todo el entramado social, puede ayudarnos a considerar qué papel puede jugar ahora, en un presente tan evidentemente marcado por la misma situación (salvando las distancias). Es fácil tender un puente entre ambas épocas en cuanto al tema que nos ocupa. El problema de cuál es el campo propio de la filosofía y de cuáles son sus límites hunde sus raíces en el Medievo, a través del por todos conocido conflicto entre fe y razón. Este conflicto desembocó en las condenas aristotélicas de 1277. La filosofía salió de este peligroso pozo llevando a cabo una ruptura consigo misma que la conduciría al brillante Renacimiento. No obstante, la pujante situación que disfrutó por aquel entonces no logró ocultar por completo la incertidumbre que siguió viviendo respecto

4. La Donación de Constantino pretendía ser un documento por el cual dicho emperador habría cedido al Papa una parte de su Imperio, así como el derecho de participar en asuntos de índole civil. De este modo, el poder temporal recaía sobre él, aunque sólo nominalmente, pues su ejercicio continuaba correspondiendo al emperador. Lorenzo Valla demostró, tras un profundo análisis histórico y filológico, que el tal documento databa del siglo VIII, y que había constituido una iniciativa de Pipino *el Breve* a la que se había bautizado como «restitución» para ocultar el hecho de que jamás había tenido lugar la cesión que se pretendía entonces restituir.

a sus límites y a su relación con otros campos, como teología y fe. Este asunto continuó siendo tema de la más candente actualidad, tanto en las universidades como fuera de ellas (lo cual demuestra que ni se puede huir de los problemas ni romper con ellos), si bien con los filósofos posicionados en un lugar mucho más provechoso del que habían ocupado anteriormente. Hoy en día vivimos una situación quizá más cercana a la medieval, con la filosofía reducida a un estado comparativamente pobre respecto a la ciencia y luchando por separar su actuar del de la teología. Pero esta confusión y las medidas que puede tomar para eliminarla podrían acercarla a un nuevo Renacimiento. Aunque quizá sea preciso que expliquemos esto un poco mejor, valiéndonos de algunos ejemplos.

Los últimos años son bastante pródigos en el surgimiento de grupos, organizaciones y movimientos ideológicos que, tanto por sus declaraciones de intenciones como por sus objetivos, traen a nosotros la memoria del pasado tal y como Maquiavelo la concebiría. Uno de estos movimientos es el de los llamados «brights». Fundado en Estados Unidos en el 2003 por Paul Geisert<sup>5</sup> y Mynga Futrell,<sup>6</sup> acoge en su seno a gentes de la más variada procedencia e ideología. El término «bright», de hecho, es concebido como un «paraguas» bajo el que pueden guarecerse personas de distintas culturas, creencias y condición social. El lema básico de los *bright*s afirma que posee una visión naturalista del mundo, libre de elementos místicos y/o sobrenaturales.<sup>7</sup> Cualquier persona que encaje en esta definición puede ser un *bright*, al margen de la interpretación que realice de la misma. Por ello, ateos, agnósticos, escépticos, panteístas y creyentes coexisten en armonía en esta organización.

La extensión del Movimiento Bright, hoy presente en gran número de países, descansa sobre todo en el trabajo de su web,<sup>8</sup> a través de la cual tratan no sólo de darse a conocer, sino de mostrar que merecen ser tenidos en cuenta socialmente al mismo nivel que el resto de los grupos. En su opinión, las personas que no pueden encuadrarse dentro del marco de las creencias religiosas tradicionales se encuentran en una situación de cierta marginación. Por ello, tratan de superar tal estado y de mostrar que pueden llevar a cabo iniciativas político-sociales beneficiosas, igual que los

5. Profesor de biología y escritor, procedente de Chicago. Desarrolló una web para la enseñanza de religión en las escuelas públicas. En el 2002 asistió a la Godless Americans March, celebrada en Washington, momento en el cual nació el término «bright», que alude a la iluminación de la humanidad en el período ilustrado (Enlightenment).

6. Cofundadora de los «brights» y anteriormente educadora, preside a su vez Atheist and Other Freethinkers. Está en el consejo nacional de Americanos Unidos por la Separación de Iglesia y Estado.

7. A principios del siglo XVI, Pietro Pomponazzi expresó la misma idea, considerando que cosas tales como milagros y profecías no eran posibles en cuanto que elementos sobrenaturales, es decir, al margen del devenir natural normal. Esto significaría que Dios interviene en nuestro mundo de forma directa, saltándose las normas establecidas por él mismo, lo que a juicio de Pomponazzi es algo absurdo. Todo cuanto sucede en nuestro mundo tiene una causa sublunar y una explicación natural perfectamente cognoscible y cuantificable. Es de suponer que el lema básico de los *bright*s corre en esa misma dirección, no como una negación directa de la divinidad, sino como una redefinición de sus relaciones con nosotros.

8. <<http://www.the-brights.net>>

demás. Todos los ciudadanos deben ser considerados del mismo modo y tener las mismas oportunidades, al margen de sus creencias o modo de vida. El término «bright», de hecho, fue creado como una etiqueta positiva para designar toda una serie de posturas que, a juicio de los fundadores del movimiento, reciben una denominación negativa, tales como ateos o agnósticos. Los *brights* desean ser entendidos y aceptados en sí y por sí mismos, no en contraposición con otra cosa.

Lo que realmente resulta curioso (y para nosotros, alarmante) de este extraño movimiento no es la amplitud o ambigüedad de sus límites, sino el hecho de que reniegan de todo tipo de fundamento filosófico. Todo aquel que tenga una visión naturalista del mundo (sea lo que sea lo que eso signifique para cada uno) tiene cabida entre los *brights* porque, al decir de su web, «no se asocian con creencias definidas de ningún tipo, sino que acogen muchos tipos de perspectivas distintas. Son todo y nada. No tienen nada que ver con ninguna clase de filosofía.» Esto último se repite en numerosas ocasiones, como si quisiesen dejar bien claro que huyen de identificaciones filosóficas y que su interés es puramente social. Pero, ¿es esto posible en realidad?

Antes de contestar, tengamos en cuenta otro ejemplo actual de profundo calado, también originario de Estados Unidos, pero cuya influencia puede extenderse también mucho más allá de sus fronteras (no pretendo hacer una apología estadounidense en los tiempos que corren. En realidad, los ejemplos que cito llegaron a mi conocimiento casi por casualidad, y también por casualidad resultaron provenir del mismo sitio). Me refiero a la Fundación Libertad de la Religión (Freedom from Religion Foundation). Esta organización, creada por Anne Nicol Gaylor<sup>9</sup> y su hija, Annie Laurie Gaylor, ha alcanzado una notable expansión desde su origen en los años sesenta. Sus estatutos se basan en el convencimiento de que los mayores progresos sociales y morales son debidos a pensadores no religiosos, y ponen como ejemplo el aborto, la reforma penal, la abolición de la esclavitud, el derecho a los anticonceptivos, el voto femenino y la abolición de la pena de muerte, entre otras muchas cosas. Desde este punto de vista, trabajan para lograr una separación de Iglesia y Estado en el ámbito real y constitucional. Del mismo modo, educan sobre temas tales como el ateísmo, el agnosticismo... a través de seminarios y cursos de lo más variado. Consideran que, en la sociedad americana actual, los derechos de la Iglesia pasan por un aumento de las tasas públicas y por el ataque a las escuelas laicas y a los derechos de los no creyentes (en la forma de rezos obligatorios en las escuelas públicas, uso de fondos públicos para sufragar actos religiosos, soporte gubernamental de sectas, violaciones sistemáticas de la Primera Enmienda<sup>10</sup>...). La Constitución de Estados Uni-

9. Escritora, especializada en temas sociales (sobre todo relacionados con la mujer, como en su obra más polémica y celebrada, *El aborto es una bendición*). Su hija es autora también de algunos libros de gran calado, como *Mujer sin supersticiones: ni Dios ni Amo*. En la actualidad, la fundación es dirigida por esta última y su esposo, Dan Barker (músico y compositor, anteriormente clérigo fundamentalista). Barker es autor de *Perdiendo la fe en la fe: de fundamentalista a ateo*.

10. La Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos establece la libertad de prensa respecto a cualquier tipo de censura gubernamental.

dos, dicen, fue en su origen una de las primeras de carácter secular, y sus autores abogaron por la libertad de elección del culto (o de ningún culto) para todos los ciudadanos. Se trata, a su entender, de un documento sin Dios. Por ello, es preciso recuperar el principio de Jefferson: tiene que existir un muro de separación entre Iglesia y Estado.

Esta organización, con numerosos pleitos constantemente circulando por los juzgados estadounidenses (algunos sonoramente ganados, en contra de lo que podríamos pensar) no menciona en ningún momento (al menos explícitamente) ningún tipo de filiación o reminiscencia filosófica. Se circunscribe al ámbito social, incluso al político, y esto es todo lo que se menciona en su web<sup>11</sup> y en todos los links relacionados. La pregunta es nuevamente obvia: ¿es esto posible? ¿Realmente puede existir una iniciativa social o política en la que la filosofía no pueda o no deba tomar parte? ¿Es correcto o justo relegarla así? ¿Tiene sentido esta separación? En una situación complicada y convulsa, en la que las dos organizaciones mencionadas ejemplifican simplemente una de las muchas caras del problema, ¿cuál es nuestro papel? ¿Qué podemos y qué debemos hacer?

En las páginas anteriores hemos observado algunos ejemplos del pasado que hallamos curiosamente reflejados en algunos hechos del presente. Hemos dicho que quizá saber cómo nos desenvolvimos en el pasado puede ayudarnos ahora. Al menos, nos permite afirmar que no es la primera vez que se vive una situación como la nuestra. Regresemos sólo un momento al siglo xv para descubrir al fin la pertinencia de todo lo que hemos presentado hasta ahora. ¿Cómo se comportó la filosofía entonces? Los autores que hemos mencionado al principio (entre otros muchos) nos responden a través de sus obras, mostrándonos hasta qué punto los asuntos políticos y religiosos caían dentro de este campo de acción. Dante, Maquiavelo, Pomponazzi, Pico della Mirandola y tantos otros hicieron suyos, de un modo u otro, los problemas de su tiempo, tratando de comprender su causa y esencia últimas para, de esa manera, poder proporcionar una respuesta. Y podían hacer eso porque partían de una base común clara y definida, una base asentada sobre la ruptura con el filosofar anterior. El filósofo, opinaban, ha de dejar de lado los absurdos y vacíos juegos de la dialéctica para centrarse en los problemas humanos, sobre los que lanza una mirada propia, distinta y necesaria. Al margen de su posicionamiento respecto a la ciencia del modo que tuvieron de enfocar y penetrar los asuntos humanos, todos ellos comprendieron esto y lo convirtieron en su bandera. La tarea del filósofo se definió, así, como un intento de ayudar al hombre a descubrir cuál es su lugar en el mundo y cómo puede ser feliz en él. De una manera u otra, la filosofía ha de tener una aplicación práctica, ya sea en el ámbito material o espiritual, y no vale nada si eso no se cumple. Pico della Mirandola y Ficino intentaron mostrar al hombre la felicidad a través del acercamiento progresivo a lo divino que hay en él. Pomponazzi y Maquiavelo, circunscribiéndose a este mundo natural y terreno, le propusieron directrices morales y políti-

11. <<http://www.ffrf.com>>

cas que podrían regular adecuadamente su convivencia pacífica con sus semejantes. Petrarca le condujo al estudio de su propio yo para que pudiese constituirse en tanto que ser humano e individuo concreto. Y todos ellos, en mayor o menor grado, tuvieron que vérselas con las críticas de la religión y de la incipiente ciencia moderna respecto a las cuales mantuvieron una clara y sencilla diferenciación. Hay muchas formas de considerar los mismos hechos y la filosofía es una de ellas. No trata de cuantificarlos, ni tampoco de explicar de dónde o de quién provienen. Su tarea es descubrir qué significan para el ser humano y qué relación pueden tener con él. De todas las disciplinas que el hombre ha inventado para comprender o controlar su entorno, la filosofía trata de ayudarle a posicionarse respecto a las cuestiones últimas, aquellas que atañen de forma más directa a su más pura esencia humana. Esto es lo que estaba claro para el grueso de filósofos del siglo xv. Y por ello, sus temas eran todos y ninguno. Tenía el derecho y el deber de contemplar todas las cosas que conciernen al hombre, punto central y culmen de su discurso, porque todo cuanto éste hace no es sino un intento de comprender su propia esencia al tiempo que se posiciona en el universo.

Hemos dicho «era», «tenía», «hacía»... Pero lo que deberíamos decir realmente es «tiene», «hace», «es». Hoy vivimos un momento tan difícil y convulso como el que señaló el paso de la llamada Edad Media al Renacimiento y la Modernidad. Volvemos a plantearnos los mismos temas de entonces, en unión con los nuevos que el tiempo nos ha traído. Y el papel necesario que la filosofía jugó entonces, sigue siendo tan necesario ahora. Nadie puede ocupar su lugar. Este es el momento de renacer: de retomar lo que puede sernos útil del pasado para aplicarlo al presente, y de romper con lo que ya hace siglos que es viejo y caduco y no nos hace sino caminar en círculos. El debate social y religioso es nuestro tema como lo fue ayer. También lo es el debate científico, tan ligado hoy a la ética en ciertos puntos. Tenemos el derecho y el deber de formar parte de los *brights*, de la Freedom from Religion Foundation y de todo lo que expresa el sentir más profundamente humano sobre los nuevos tiempos. La filosofía continúa teniendo una labor que cumplir, y esa labor ni ha cambiado ni puede ser llevada a cabo por otra disciplina.

La razón por la cual hoy nos vemos relegados a una especie de simbólico limbo, en el cual flotaríamos entre el anacronismo y la atemporalidad, sea nuestro propio olvido de cuál es nuestra tarea y de cómo llevarla a cabo. No podemos pedirle a la sociedad que nos considere si nosotros mismos somos incapaces de responder a la pregunta «¿para qué sirve un filósofo?» Es ese olvido de nuestros deberes lo que ha hecho posible que tal pregunta pueda llegar a formularse. No obstante, del mismo modo que hemos escapado del sinsentido una vez, podemos volver a hacerlo ahora. La filosofía ya se vio atrapada en una ocasión en una maraña de erudición lingüística, retórica vana y de autoridades anticuadas, pero escapó de ello tomando conciencia clara de su esencia y de su propia historicidad. Y hoy, puede y debe volver a hacerlo. La mejor forma de que se quite de encima el polvo y las telarañas, de que deseche todo lo que le sobre y se ponga a la altura de los tiempos, es que recuerde qué



es lo que la hace necesaria y diferente. Porque en esa diferencia y en esa necesidad reside su propia esencia, y esa esencia es intemporal. Filosofar es mirarse a sí mismo y luego considerarse en relación con el universo. Quizá parezca que la filosofía no da respuestas, pero tampoco su tema resulta fácil. Y en todo caso, simplemente ayudándonos a mirar de un modo distinto, nos recuerda qué es un ser humano. Y nos dice que todos lo somos. Sólo por ello, debe tener un lugar constante en nuestro mundo.

Quizá el mejor ejemplo que puede seguir la filosofía para escapar de la destrucción es el de Proteo.<sup>12</sup> Debe saber adaptarse a las circunstancias que le rodean y cambiar con ellas, absorbiendo para ello toda la información que pueda adquirir de todos los campos que se la ofrezcan. Como una esponja. Sólo a través de toda esa información podrá elaborar su particular mirada. Y sólo de ese modo será proteica y sobrevivirá a todos los cambios cambiando.

Quizá pueda parecer que hablo con ligereza de un tema tan importante, que lo presento de un modo tan ridículamente sencillo que hasta podría parecer insultante. No es ésa mi intención. Si todo fuese tan fácil, jamás habríamos llegado a la situación de crisis que ahora vivimos. Y sin embargo, ya que nos encontramos en ella, el mejor modo de superarla es no subestimarla jamás, pero tampoco sobreestimarla. Puede que no sea fácil recuperar el lugar que hemos perdido. Pero será mucho más fácil si unificamos y simplificamos criterios. Y todavía mucho más fácil si lo intentamos de verdad.

12. Uno de los dioses o genios del mar en la mitología griega. Tenía la habilidad de ver el futuro, con lo cual era buscado por muchos. Para evitarlos, cambiaba de forma tratando de que no le atraparan. Sólo quien lo lograra podría interrogarlo. Este ejemplo, como vemos, tiene mucho que ver con la filosofía, no sólo por el hecho de que ella deba ser también cambiante, sino por su relación con el futuro en un sentido maquiavélico, expresada más arriba.